

BREVES NOTAS SOBRE LA FILOSOFÍA POLÍTICA DEL PROFESOR DUGIN

Por Pablo Javier DAVOLI (03/01/14).

I. De acuerdo con René GUÉNON y Julius EVOLA, el pensador ruso contemporáneo Aleksandr G. DUGIN considera que la Modernidad se opone esencialmente a la Tradición. Aquélla importa la entronización del tiempo; la absolutización del devenir histórico. En tanto que la segunda está referida, no al pasado (como creen muchos), sino a la Eternidad. En otras palabras: la Modernidad se focaliza en lo inmanente, mientras que la Tradición mira hacia lo trascendente.

II. En el plano político, la Modernidad se ha manifestado a través de tres grandes construcciones ideológicas: Liberalismo, Comunismo y Fascismo (en el sentido más laxo de esta expresión). Enseña DUGIN que, dentro de esta *trilogía*, el Liberalismo -por su sustancia- constituye la ideología más moderna.

En el Comunismo, la reivindicación de los lazos sociales y la preeminencia de lo *colectivo* sobre lo estrictamente individual constituyen -para DUGIN- un rasgo tradicional (si bien, parcial y deformado). Tal sería la razón por la cual, contra los vaticinios de Karl MARX, el Comunismo arraigó en países como Rusia y China, en los que la Modernidad había tenido una influencia mucho menor. Estos regímenes comunistas adoptaron características culturales autóctonas, pre-modernas y, por tanto, ajenas al sistema ideológico marxista.

A la luz de esto, se concluye que el Fascismo representa la menos moderna de las ideologías políticas de la Modernidad. Su fuerte sentido

social (que permite adscribirlo en el variado *abanico* de los Socialismos) así como su reivindicación idealista de las identidades nacionales y étnicas parecen corroborar dicho aserto.

La más joven de las ideologías modernas (Fascismo) fue la primera en ser expulsada del *terreno* fáctico, es decir, del mundo político real y concreto. Luego, fue desalojado el Comunismo. De esta manera, ha resultado triunfante el Liberalismo (en el contexto de las relaciones de poder existentes entre los hombres).

Este orden sucesivo guarda directa relación con los diversos grados de modernidad que DUGIN adjudica a las ideologías involucradas. La primera en desaparecer fue el Fascismo, es decir, la menos moderna de las tres. La segunda en extinguirse ha sido el Comunismo (más moderno que el Fascismo pero menos moderno que el Liberalismo, según DUGIN).

Paradójicamente -añadimos nosotros- la concepción progresista de la historia, tan típicamente moderna, se ve contrariada por el orden de prelación en que se produjeron estos acontecimientos. Nótese al respecto que la más vieja de las ideologías (Liberalismo) ha emergido triunfante del combate librado entre las mismas. Contienda, ésta, en la cual pereció primero la más joven (Fascismo).

Dado su carácter más moderno, la victoria del Liberalismo representa un triunfo de la Modernidad. Desde esta perspectiva, la *Post-Modernidad*, que se atribuye a nuestros días, aparece más bien como una suerte de *Híper-Modernidad*. La Modernidad ha vencido (en el campo de los hechos concretos) a través de la victoria de su ideología política más puramente moderna (Liberalismo).

Por tal razón, hoy sólo se admiten los posicionamientos liberales. Puede tratarse de un Liberalismo de *derecha* o de un Liberalismo de *izquierda* (por ejemplo, el de los partidos políticos social-demócratas europeo-occidentales). En todo caso, se trata del Liberalismo. Las diferencias entre ambas variantes son accesorias y graduales.

III. Es sabido que el Liberalismo es un sistema de ideas esencialmente individualista. Por ello -advierte DUGIN- tiende a diluir (teorética y prácticamente) todos los vínculos del hombre (raciales, étnicos, nacionales, religiosos, familiares, profesionales...). Dado que tales relaciones contribuyen de manera decisiva en la constitución de cada hombre, el *centro de gravedad* del Liberalismo no es el ser humano, considerado en su integridad. Esta ideología gira en torno al *individuo* (sujeto imaginario, abstraído ideológicamente de la dimensión estrictamente individual del hombre, con desconocimiento de su compleja dimensión relacional arriba aludida, a la que DUGIN califica de *colectiva*).

De acuerdo con esta concepción, el Liberalismo enaltece la libertad del *individuo* en contra de las vinculaciones interpersonales y grupales que, atravesándonos, concurren conjuntamente con nuestra dimensión estrictamente individual en la formación de la personalidad de cada uno de nosotros. Por eso -señala DUGIN- el Liberalismo se propone *liberar* al hombre de todas las formas de identidad *colectiva*, esto es, a nuestro entender, grupal (raza, etnia, nación, religión, familia, profesión, etc.) como si las mismas constituyeran factores de opresión.

IV. Según el académico ruso, la actual lucha por los *derechos sexuales*, que tan tenazmente se libra en diversas partes del mundo, constituye una de las consecuencias más elocuentes de la victoria política del Liberalismo. Al respecto, explica DUGIN que la identidad sexual también reviste naturaleza *colectiva*; siendo por esta precisa razón que el Liberalismo tiende a desbaratarla, promoviendo los *derechos* de las *minorías sexuales*.

Para la mentalidad liberal resulta inaceptable la identidad sexual bien definida (conforme a la naturaleza, nos permitimos añadir). Dado que una tal identidad reviste carácter *colectivo* (al menos, en cierto modo), la misma no puede ser libremente escogida por cada ser humano. Se trata, en efecto, de algo que, siendo inherente a nuestra naturaleza, nos viene dado. Esta suerte de auto-configuración de

nuestro propio ser, que normalmente se opera en nosotros sin esperar ningún *permiso* por parte del libre albedrío de nuestro yo consciente, resulta intolerable para el Liberalismo. No se equivoca el profesor moscovita cuando asevera que, desde la perspectiva liberal, la identidad sexual bien definida es percibida como un fenómeno *fascista*.

V. Denuncia DUGIN el carácter impositivo que conllevan las *libertades* promovidas por el Liberalismo. En efecto, el ideal liberal de la disolución de los vínculos sociales que constituyen nuestra dimensión personal *colectiva*, tiende a imponerse. Dicha imposición se realiza comúnmente a través de las normas jurídicas, la educación y la formación de la opinión pública.

La eventual oposición de las personas (así sea la de las grandes mayorías) no representa un obstáculo atendible para los cultores del mentado ideal. El Liberalismo se ha adueñado de la *bandera* de la libertad, aspirando a imponer su programa (de ser necesario, por la fuerza) en nombre de la misma. ¡Qué paradoja!

Es en el contexto de esta *lógica* que debe analizarse la llamativa mutación que ha sufrido la democracia. Régimen político, éste, que ha dejado de tener su *centro de gravedad* en el Pueblo y el querer de sus mayorías, para girar alternativamente en torno a las múltiples y superpuestas *minorías*.

VI. Desde luego, la funesta tentativa liberal, supuestamente *emancipadora*, atenta en forma directa y grave contra la naturaleza humana. So pretexto de *liberar* al *individuo*, el Liberalismo ataca al hombre.

En concordancia con ello, DUGIN pronostica que, en su fase final, el Liberalismo intentará *liberar* al hombre de sí mismo. Porque -explica el autor ruso- la humanidad (al igual que, por ejemplo, la identidad racial y la identidad sexual) también constituye una forma de identidad *colectiva*. Ello así -interpretamos nosotros- toda vez que se trata de una condición compartida (en este caso, por todas las personas humanas).

El Liberalismo está avanzando en un sentido *tras-humanista*. El hombre ya se ha *liberado* de DIOS. *Llega la hora de que el hombre se libere de sí mismo*, advierte irónicamente DUGIN. Nos recuerda a la sabia observación de G. K. CHESTERTON: *quitad lo sobrenatural y no encontraréis lo natural, sino lo anti-natural*. La quimérica aspiración moderna de encontrar *lo natural* en estado puro, relegando *lo sobrenatural*, obedece a la manía moderna de plantearlo todo en términos de oposición (por eso, el pensamiento de G. W. F. HEGEL representa, a nuestro entender, la cumbre de la filosofía moderna).

VII. Ahora bien, ¿cómo luchar contra la tiranía arriba descrita? En los '90, DUGIN sugirió aglutinar en un único frente a la *derecha anti-liberal* (resabios del Fascismo) y la *izquierda anti-liberal* (resabios del Comunismo); aclarando que las contradicciones existentes entre ambos bandos carecían de relevancia frente al desafío que les plantea el enemigo común.

Posteriormente, DUGIN entendió que no era posible conformar dicha coalición ideológico-política ni -mucho menos- librar con ella una batalla exitosa contra el Liberalismo. Tal imposibilidad obedecía al mutuo rechazo que sentían los *nostálgicos* de una y otra facción. Pero también a las nociones modernas con las que, cual vicio de origen, cargan inexorablemente las dos facciones.

DUGIN comenzó a bregar por una solución *anti-liberal* que fuera completamente *no moderna* (o *anti-moderna*); que esgrima ideas, ideales y estrategias ajenas a la Modernidad, sin apelar a ninguna de sus categorías conceptuales ni *banderas*. En tal sentido, convoca a todos los hombres que desean reencontrarse con la Eternidad, es decir, con las realidades y los valores trascendentes. Ello así, dado que el eje principal de la cuestión ideológica planteada por la Modernidad pasa por la antinomia entre el sentido de trascendencia y el inmanentismo (en tanto absolutización de lo inmanente).

Paralelamente, DUGIN considera que, dentro de la crítica posmoderna hacia la Modernidad, existen elementos ideológicos *rescatables*. Por lo tanto, propone *sintetizar* el tradicionalismo pre-moderno (cuyas variantes son múltiples) con tales críticas post-modernas. Tarea intelectual, ésta, que, a los efectos del combate, debe ser acometida y acompañada por una militancia activa, con *los pies sobre la tierra* y motorizada por la creencia en la posibilidad de victoria.

Estas son, a grandes rasgos, las bases de la Cuarta Teoría Política de DUGIN. Doctrina, ésta, que reclama de sus adeptos un compromiso intelectual y vital completo; toda vez que postula no sólo otra concepción del mundo y el hombre, sino también un *modus vivendi* diferente.

Para conocer el meollo ideológico de la nueva doctrina política, DUGIN sugiere identificar cuál es su sujeto principal, contrastándolo con los de las ideologías políticas modernas. El sujeto principal del Liberalismo es el *individuo*; el del Comunismo, la *clase social*; y el del Fascismo, el Estado (fascismo italiano) y/o la raza (nacionalsocialismo alemán). Mientras que el sujeto principal de la Cuarta Teoría Política es el Pueblo, entendido como comunidad orgánica, de naturaleza étnica y desenvolvimiento histórico.

Para una comprensión más profunda de esta compleja realidad (Pueblo) apela DUGIN al concepto de *dasein* (es decir, del *ser ahí*, del *ser-en-el-mundo* o bien, de la existencia como realidad situada y dinámica). Noción, ésta, que ha sido tomada del pensamiento del filósofo alemán Martin HEIDEGGER.

Finalmente, cabe recalcar -como lo hace el propio DUGIN- que la fuente de la Cuarta Teoría Política no reside en el pasado (en tanto dimensión temporal e histórica) sino en la Eternidad, a cuyo re-descubrimiento estamos llamados, para re-encontrarnos con nosotros mismos y nuestro sentido.